

Julia Uceda

A TODO LO QUE PASE Y SE BORRE Y SE PIERDA

Antología poética ilustrada
por Francisco Uceda



JULIA UCEDA EN EL RECUERDO

Todos los que formamos parte de la Fundación José Manuel Lara sentíamos por Julia Uceda un afecto especial, que iba más allá de la admiración por su poesía y su condición de referente moral. Durante más de veinte años pudimos acompañarla como editores, desde el mismo inicio de la colección Vandalia que gracias a la iniciativa de su director, el también poeta y gran amigo de Julia, Jacobo Cortines, abrió su itinerario con la publicación de su poesía reunida, *En el viento, hacia el mar*, un volumen editado por Sara Pujol Russell que vio la luz a finales de 2002 y por el que la autora recibió el Premio Nacional de Poesía del año siguiente. Como suele recordarse, fue la primera mujer que recibió el galardón desde la instauración de la democracia y también en eso abrió un camino, hoy felizmente continuado por muchas otras escritoras que reconocen en su magisterio un referente y un estímulo.

Ese premio supuso un gran honor para ella, que hasta entonces era una poeta no secreta, pero sí menos conocida de lo que su obra merecía, y una enorme alegría para la Fundación Lara en los comienzos de su trayectoria editorial. Pero no era un punto de llegada ni una culminación, porque Julia publicó después tres espléndidos libros de poemas que se cuentan entre lo mejor de su obra: *Zona desconocida* (2006), *Hablando con un haya* (2010) y *Escritos en la corteza de los árboles* (2013). Y recibió otros premios y

distinciones como el nombramiento de Hija predilecta de Andalucía, el Premio Góngora de las Letras Andaluzas, el Premio Nacional de la Crítica, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, el Premio Internacional Federico García Lorca o la designación como Académica de Honor de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Queríamos que viera la edición definitiva de su *Poesía completa*, cerrada tras la publicación del último de los libros mencionados. Hace ahora dos años, en octubre de 2023, estuvimos con ella en Ferrol para presentar ese libro que era, entonces sí, la culminación de toda su obra, y pudimos ver el cariño con el que los lectores acogían a la poeta en la que sería la última de sus apariciones públicas. Celebramos que esta primera edición póstuma, la antología que con tanto mimo ha ilustrado su sobrino Francisco Uceda, se añada a las referencias anteriores en el catálogo de la Fundación Lara, de la mano de la Consejería de Cultura y Deporte de la Junta de Andalucía. La propia Julia –siempre viva en sus libros y también en el recuerdo– participó de su elaboración y es de alguna forma su entrega de despedida.

PABLO MORILLO
Director general
Fundación José Manuel Lara

UNA PRECIOSA BRÚJULA

En el verano de 2024 nos dejó Julia Uceda, una de las autoras más destacadas de la generación de los cincuenta, cuya vida y obra le llevaron desde su Sevilla natal hasta el frío de Michigan y las brumas de Irlanda para dar clases de literatura hispánica y estudiar con libertad la poesía de Ramón J. Sender. Finalmente, la profesora y, sobre todo, la poeta echó el ancla en la ciudad atlántica de Ferrol, desde donde viajó asiduamente a Andalucía para encontrarse con sus lectores y editores más devotos. Fueron momentos felices para ella y, sobre todo, para nosotros, quienes (re)descubrimos a una de las autoras más singulares de nuestras letras.

Primera mujer de la actual democracia en recibir el Premio Nacional de Poesía por la publicación, en 2002, de la inolvidable recopilación *En el viento, hacia el mar (1959-2002)*, Julia Uceda mantuvo siempre viva una lúcida e inagotable voz interior. «La poesía viene de extraños lugares que están dentro de uno mismo», aseguró en varias de las entrevistas que concedió a lo largo de una carrera con la que, por fin, obtuvo su merecido reconocimiento tanto dentro como fuera de Andalucía.

Desde su ópera prima, *Mariposa en cenizas* (1959), hasta su última entrega, *Escritos en la corteza de los árboles* (2013), transcurrieron cinco décadas y media, en las que alumbró diez libros de poemas. A iniciativa de la Consejería de Cul-

tura y Deporte de la Junta de Andalucía y de la Fundación José Manuel Lara, se edita ahora *A todo lo que pase y se borre y se pierda*, pequeña gran joya literaria con la que queremos rendir homenaje a la autora el año en que se celebra el centenario de su nacimiento. Porque leerla es la mejor forma de mantenerla viva y con nosotros.

El volumen reúne 49 poemas escogidos por la propia Julia, que no quiso dejar arrumbado ninguno de sus libros publicados, y su sobrino Francisco Uceda, artista conceptual y traductor al inglés de sus versos. Bellamente ilustrada, con imágenes que buscan ángulos de luz y también de sombra, la obra se convierte así en una preciosa brújula que nos guía por el fecundo sendero de su escritura.

Julia Uceda fue la poeta más importante de la Sevilla de su época. Con su verdad «rotunda y abrasadora» abrió paso a las autoras del siglo XXI. Nunca dejó de escribir, porque para ella esa era la única forma posible de entender la vida.

Su voz nunca enmudecerá si nos atrevemos a mirar de cara al presente, sin rencor y sin miedo, tras leer los poemas, todos valiosos, todos valientes, de nuestra añorada Julia Uceda.

PATRICIA DEL POZO FERNÁNDEZ
Consejera de Cultura y Deporte
Junta de Andalucía

IMAGINARIO DE JULIA UCEDA

Aunque su vigencia no necesita de efemérides, el Centenario del nacimiento de Julia Uceda ofrece la ocasión de volver a celebrar su memoria y su legado como merece una de las grandes poetas españolas de su generación y del siglo. O de los siglos, dado que su obra poética, iniciada a finales de los años cincuenta de la pasada centuria, se extiende también –y a qué altura– a la que ahora llega a su primer cuarto. Esta es la primera antología que se publica después de su fallecimiento y el lector ya habrá podido ver que no se trata de una antología sin más, porque es un libro de muy bella factura y porque los poemas aparecen ilustrados, siendo el artista un familiar muy próximo para quien la tarea, como él mismo explica, no ha sido un trabajo cualquiera.

Conocimos a Francisco Uceda, aunque no todavía en persona, cuando la poeta nos envió el ejemplar de otra antología bilingüe que su sobrino había preparado para una editorial neoyorquina, *And a woman walked and walked and walked*, titulada con un verso de Julia –perteneciente a «Noroeste», incluido en *Poemas de Cherry Lane*– y cuya cubierta reproducía, pero entonces no lo sabíamos, una de las ilustraciones recogidas en *A todo lo que pase y se borre y se pierda*, la que aparece

aquí junto al poema «Condenada al silencio», del mismo libro. Por aquella otra antología, publicada en 2021, podemos deducir que al menos algunas de las ilustraciones que acompañan la presente edición ya habían sido realizadas entonces. Más tarde, en 2024, poco después de la muerte de la poeta, tras coincidir con Francisco y el resto de su familia en el responso y posterior traslado de sus cenizas al cementerio de Los Palacios y Villafranca, donde reposan junto a los de su añorado marido el psiquiatra Rafael González Palacios, natural de la localidad sevillana, apareció en edición no venal una primera versión de este libro, también auspiciado por la Fundación José Manuel Lara con el apoyo entonces del Ayuntamiento de Ferrol. Revisada y notablemente ampliada, ahora con la colaboración de la Consejería de Cultura y Deporte de la Junta de Andalucía, la edición que hoy presentamos es por tanto la definitiva.

«Aproximarse a la obra poética de Julia Uceda es entrar en un bosque poco transitado en el crepúsculo», *a little-traveled forest at twilight*, decía Francisco Uceda al comienzo de la introducción de *And a woman walked...*, y a continuación asimilaba el recorrido a un «deambular nocturno». Son ambas expresiones muy precisas y ade-

cuadas al caso, pues, en efecto, el bosque y la noche aparecen como símbolos recurrentes del imaginario de la poeta, rastreables desde el comienzo en su obra y cada vez más densos y cargados de significación, como sucede en las creaciones de largo aliento cuando las distintas etapas no se suceden sin más unas a otras, sino que van acumulándose y sedimentando y conformando un espacio no lineal ni claramente estratificado, en el que lo de ayer y lo de hoy son una sola y la misma cosa. Como mujer, Julia habitó un tiempo histórico que aparece sugerido en su obra, sobre todo en los primeros libros y de modo memorable en algunos de los poemas de los libros últimos, pero en tanto que poeta o artista puede decirse que eligió un tiempo inmemorial, el tiempo sin tiempo del mito. Y no sólo como recurso, que también, por ejemplo cuando recurrió a trasfondos alegóricos o figuras de la Antigüedad para dejar constancia indirecta de preocupaciones contemporáneas, sino también como forma de situarse en una realidad distinta o trascendida, no por ello menos propia.

Toda mitología tiene sus símbolos que en la obra de Julia Uceda giran en torno a temas como el enigma de la identidad, la necesidad de comunicación, la búsqueda de un lenguaje para lo que no puede decirse,

el modo en que el pasado conforma la memoria o las visiones apenas inteligibles del pretérito remoto. Y esos símbolos se sirven de imágenes, que los poetas construyen con palabras. «Haz que las imágenes respiren como el poema. No las encierres. No las obligues a contar algo, ni a interpretarme», cuenta Francisco Uceda que le decía Julia, y en el consejo –buen consejo– se trasluce algo de su poética, una poética no narrativa que no buscaba referir sino mostrar, dejando que fuera el lector quien completara el sentido.

El bosque y la noche, decíamos, citando al artista. Pero están también el sueño, fundamental en la cosmovisión de la poeta, en un sentido no figurado sino bien real, inquietante y revelador, como una realidad alternativa. Y el silencio, las sombras, la niebla. Y el mundo auroral o primigenio, las zonas desconocidas. Todos estos elementos, tan característicos de la poesía de Julia Uceda, están de algún modo presentes en las ilustraciones de base fotográfica que acompañan a los poemas de la antología, relacionadas entre sí por una poética personal que crea un efecto de continuidad en la secuencia. El núcleo de esa poética apunta a la combinación de siluetas humanas y ramas, raíces o copas de árboles, en formas aisladas o formando marañas, acogidas a perspectivas caprichosas,

dinámicas, centrifugadas, especulares, invertidas que proyectan un aire conceptual, surrealizante o expresionista. Muy en consonancia con los poemas, muchas de las composiciones tienen una cualidad onírica o una textura neblinosa –también con puntos de luz– como de recuerdo o fantasmagoría. En la mayoría de ellas está presente, como en no pocos de los poemas, la naturaleza por la que Julia fue sintiéndose, y no sólo en tanto que creadora, cada vez más atraída. También en mayor o menor medida, todas desprenden extrañeza, que es otro de los grandes temas de su poesía o más bien un sentimiento –de ajenidad, extranjería, dislocación o destiempo– que la atraviesa en todos los sentidos y lo hace desde el principio hasta el final, expresado en tonos existenciales, metafísicos o cósmicos.

Alguna vez hablamos con Julia a propósito de la memoria genética o atávica que de acuerdo con los estudiosos de la biología recoge la herencia no directa de los ascendientes, transmitida a través de incontables generaciones y que acaso explique cierta clase de reminiscencias. Quizá sea esa memoria la que está detrás de la profunda emoción que sentimos cuando nos internamos en los bosques, espacios sagrados y medulares en su poesía. Nuestra amiga sentía predilección por

los árboles y gustaba de convocarlos por sus nombres en tanto que testigos mudos o casi hermanos, como el maravilloso ejemplar del jardín de su casa de Serantes que figura en el frontal de su *Poesía completa*. A esa fotografía postrera, que hizo ella misma, se unen ahora las que aparecen en *A todo lo que pase, se borre y se pierda*, una antología llena de árboles que en algunas ilustraciones sugieren vínculos simbióticos.

A Julia le habría gustado este libro que le ha hecho Francisco, que hicieron ambos, en realidad, aunque lo haya acabado él solo, ya sin la supervisión de la poeta. Gracias a su «conversación interrumpida», aquí transcrita, podemos acercarnos a algunos de sus poemas de otra manera, *viéndolos* también en cierta forma, no como una imposible traducción de los versos al lenguaje de las imágenes, sino como una indagación paralela, inducida pero libre. La vemos a Julia en el hermoso retrato de juventud, tan delicadamente desconfigurado por el artista, que acompaña al poema «Quisiera comer lotos». Y en todo el libro reconocemos su «mirada interior» y su misterio.

IGNACIO F. GARMENDIA
Sevilla, septiembre de 2025

NOTA AL LECTOR

Lo que tienes en tus manos es el resultado de un diálogo que sostuvimos mi tía Julia y yo durante años entre dos lenguajes: el de la palabra poética y el de mis imágenes. No se trataba de ilustrar sus versos, ni de embellecerlos o interpretarlos, sino de acompañarlos. Julia no quería adornos ni obviedades: «Haz que las imágenes respiren como el poema. No las encierres. No las obligues a contar algo, ni a interpretarme», me escribió una vez.

Aunque algunas de mis fotografías y fotomontajes habían aparecido antes junto a sus textos, aquí nos propusimos otra cosa: un libro que fuera una conversación entre nosotros, una especie de «Uceda al cuadrado», como solíamos llamarlo, entre risas. La idea surgió tras trabajar juntos en su antología bilingüe *And a woman walked and walked and walked*. Al traducirla al inglés, surgió una forma más exhaustiva, más integral de leerla.

Julia quiso que yo eligiera los poemas, a partir de nuestras conversaciones, y que las imágenes nacieran de una relación lenta y honesta con sus palabras. Yo vivo desde hace unos años en el norte de la ciudad de Nueva York, en un barrio entre el río Hudson y el parque de Van Cortlandt, mi pequeño bosque. Aquí comencé a fotografiar, sin rumbo, ramas, niebla, nieve, mientras traducía sus poemas al inglés. Sin saberlo, quizás estaba buscando sus poemas en

ese paisaje. Ella lo percibió de inmediato: «Esa rama está a punto de decir algo», me escribió en otra ocasión.

De esas caminatas nació el cuerpo visual de este libro. Algunas imágenes son documentos del bosque; otras, manipulaciones, cortes, collages, reflejos, sombras sobre sombras. Siempre en blanco y negro. La sombra como tinta. La fractura como forma.

Julia no veía estas imágenes como pruebas, sino como preguntas. Este libro tampoco quiere explicar nada. No es una retrospectiva ni un homenaje. Hoy, a un año de su partida, entiendo que el libro se ha convertido en una conversación interrumpida, una forma de seguir caminando con ella por el bosque, una manera de habitar su ausencia sin clausurar su voz.

Y de esas caminatas compartidas, reales y simbólicas, nació también el título de este libro. *A todo lo que pase y se borre y se pierda* es un verso del poema «La trampa» y surgió en una charla sobre la fragilidad de todo lo que existe. Julia creía que hay una poética en lo que se desvanece. Este libro también quiere explorar esa intuición. No para fijarla, sino para compartirla contigo, lector.

Ojalá encuentres en estas páginas algo de lo que ella llamaba *ángulos de luz*, mis claros en el bosque.

FRANCISCO UCEDA
Nueva York, julio de 2025



La noche es caminar
buscando ángulos de luz...

Viejas voces secretas de la noche

ÍNDICE

MARIPOSA EN CENIZAS	13
I. El encuentro	15
II. Su voz	20
III. Cuatro	22
IV. El regreso	24
V. Mariposa en cenizas	27
VI. Extraña	29
EXTRAÑA JUVENTUD	31
VII. Extraña juventud.	33
VIII. El secreto	35
IX. La trampa	36
SIN MUCHA ESPERANZA.	39
X. <i>Anánke</i>	40
XI. La extraña.	45
XII. Diálogo	46
XIII. Antígona.	48
XIV. Elegía sobre el tiempo	50
POEMAS DE CHERRY LANE	55
XV. Noroeste	57
XVI. Alguien que yo solía ser	61

XVII. Condenada al silencio	62
XVIII. Nada se oye	64
XIX. Cita con una sombra	66
CAMPANAS EN SANSUEÑA	71
XX. Epitafio para un desconocido	73
XXI. El tiempo me recuerda.	77
XXII. Libertad de la luz	79
VIEJAS VOCES SECRETAS DE LA NOCHE	83
XXIII. Viejas voces secretas de la noche	84
XXIV. Tregua	91
DEL CAMINO DE HUMO	93
XXV. Busco señales en la piedra...	95
XXVI. Profundo como los ríos	96
XXVII. La casa	98
XXVIII. Orden del sueño	100
XXIX. Inclusiones en un zafiro violeta	105
ZONA DESCONOCIDA.	107
XXX. Palabras, I	109
XXXI. Patio interior, II	110

XXXII. Quisiera comer lotos	112
XXXIII. De la mirada interior	116
XXXIV. La primera	118
XXXV. Del olor del humo	121
XXXVI. Regresa el pálido caballo	122
HABLANDO CON UN HAYA	127
XXXVII. El hombre que cuida el río Hudson	128
XXXVIII. Hablando con un haya	131
XXXIX. <i>Ikebana</i>	132
XL. Nada	135
XLI. Palabras, II	136
XLII. Ventana	138
ESCRITOS EN LA CORTEZA DE LOS ÁRBOLES	141
XLIII. <i>Kairós</i>	142
XLIV. Animal miedoso	145
XLV. Círculos	146
XLVI. Pensamiento, forma, sonido	149
XLVII. ¿Qué se oía? (<i>Cero</i>)	150
XLVIII. <i>Kadish</i>	152
XLIX. [Si se tala un árbol]	156

MARIPOSA EN CENIZAS

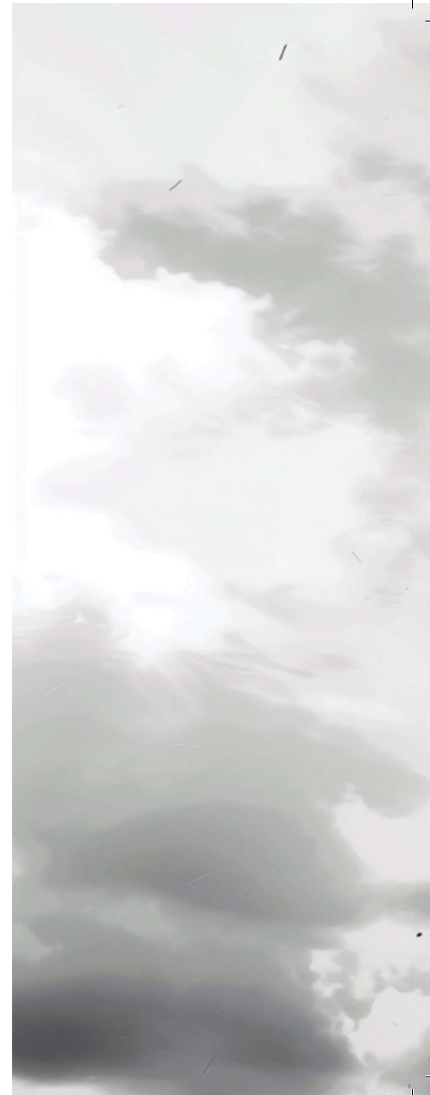
(1962)

I. EL ENCUENTRO

Llegué bajo el sol vivo de días inmortales
con retazos de bosques en mis dientes sin huellas.
De bosques virginales,
de milagrosos bosques,
y los brazos cargados con mil tallos de brisas.
De brisas no tocadas,
de cristalinas brisas,
para aplastar mis labios al borde de tu frente,
alto cristal iluminado y grave.

Me vibraste como una campanada
que me inundó, que resonó en lo íntimo,
en los recodos últimos de mis cuevas salvajes
y me envolvió en una inmensa ola
que me dejó en tus brazos, por primera vez viva.

Y pasaron los siglos.
Y al separar mis labios de tu cristal herido
tú tenías mis bosques y mis brisas.





II. SU VOZ

Vino de más allá con su tristeza. Había
rodado por los siglos y las lunas
intactamente virgen,
vertical, pura y honda,
hecha de mármoles antiguos,
de historias y de gestas
y se rompió en mi playa lejanísima
con sonido de órganos extraños.

Humanamente se rompió en mi playa
con su verdad traída en las raíces,
con su verdad rotunda, abrasadora,
y en mis arenas hubo un murmullo de oros,
un temblor en las cimas de mis dunas
y una noche más honda y pensativa
se adentró en mi silencio.

Y ahora no sé lo que me dice.
Es su voz la que bate sin cesar mis orillas.





Es su galerna la que lame
mis rocas
con la lengua salobre de la angustia.
Son sus espumas las que ciñen mis piernas temerarias.

No sé lo que me dicen. No lo oyen mis oídos.
Lo siento a ramalazos, nocturno mar,
mar viento,
arremetiendo mis costados tristes
(piedra viva sin agua; sólo tierra).

La verdad que me trae no la busco,
no está, no, en sus palabras.
Está en su voz eterna,
en su voz impalpable, huidiza, arrolladora,
lejanísimamente mía
y a la vez
más próxima y más fiel que mi tristeza.
La verdad que me trae.